

LA MARCHA SANGRIENTA

Krull el eterno miró al hombre que permanecía en espera arrodillado ante él en el salón de las hachas rojas, lugar donde se celebraban las victorias de la tribu, esa sería la primera y última vez que ese guerrero hincaría rodilla ante nadie; era el mejor luchador de su generación, primero entre iguales, como lo fuera el mismísimo Krull antes que el... antes... ¿cuánto había pasado ?, ¿ años ?, ¿ siglos tal vez ?, ¿ o acaso era él, el mismo hombre arrodillado frente a la gloria de un príncipe del infierno ?

Krull parpadeó apartando de su mente los pensamientos, igual que un hombre común hubiera agitado enérgicamente su cabeza. Estaban ahí por una razón, la ascensión, la última gran prueba de la etapa mortal del campeón de su tribu; Drakkan había demostrado su poder en la batalla, su fuerza física y mental, y ahora le tocaba poner a prueba su alma. Las alas de El eterno se abrieron con un golpe seco, ocupando la estancia de pared a pared en un aterrador (y tal vez deliberado) efecto dramático. Sus ojos sondaron los del hombre a sus pies, y este no parpadeo, aguantando la mirada del abismo como si de un espejo se tratara, demostrando a su vez, que estaba listo.

Con un movimiento lento de su enorme espada, Krull rasgó sus demoníacas venas, haciendo brotar de su mano izquierda un pesado reguero de color carmesí, era el rojo más rojo que Drakkan hubiera visto jamás. Este último abrió su boca, dejando que el fluido viajara por su garganta como lava en la ladera de un volcán, sabía a bronce, ¡ demonios !, ¡ hasta pesaba como el bronce !, pesaba tanto... ardía, ardió su estómago, ardieron sus pulmones, pero no había fuego ni calor... ardió su alma... y el mundo se volvió rojo a su alrededor.

Frente al salón, la tribu aguardaba inquieta, esperando que su campeón sobreviviera, volviéndose digno de la ascensión. Si moría, el eterno alzaría el vuelo a través del techo del salón de las hachas rojas, tendrían que reconstruirlo, y ya no volverían a ver a su patrón hasta la próxima generación. Pero si vivía... comenzarían las ansiadas festividades que darían paso a ocho semanas de batallas contra toda raza que encontraran en su marcha, como dictaba la tradición, para honrar los dones y la bendición del padre de la sangre.

Pasarón ocho largas horas hasta que el salón tembló, y a su vez la tribu tembló con él, temerosos de no ser dignos de la gloria de Khorne. Esperaron ver el techo caer y al eterno alzar el vuelo, pero no fue el techo lo que cayó, sino las gigantescas puertas de bronce de la estructura. La imponente figura de Krull cruzó el umbral, seguido de una figura muy parecida a la suya propia, una figura que contenía sus ansias de volver a la batalla de inmediato como si nunca la hubiera dejado. La tribu contuvo el aliento, sabían lo que venía, un momento solemne y sagrado, que solo duraría unos segundos, la primera y única vez que su pueblo escucharía la voz de su patrón en esta generación...

Krull el eterno, primer ascendido de su tribu, abrió sus fauces hasta donde le permitió su mandíbula, y en ese ínfimo momento que existe entre el silencio y el ruido, las mujeres de los elfos gritaron desconsoladas, los bebés de los enanos lloraron, los hechiceros del imperio se tiraron de sus torres, los orcos creyeron que el cielo estaba dos o tres centímetros más cerca de ellos, y los ogros sufrieron indigestión... Entonces cinco palabras detuvieron por un segundo los vientos de la magia “ ¡QUE COMIENCE LA MARCHA SANGIRENTA! “